

Tres fragmentos

**Desnudo de una actriz:
Ingrid González: la viuda de Reinaldo Arenas**

Por Carlos Velazco

Por la Quinta Benéfica veía caminar a un paciente al que llamaban el Bucanero. Hombre alto, de bigote ancho. Cada vez que escapaba del hospital, iba a parar a la costa. Aseguraba esperar un barco que vendría a buscarlo. Siempre que el Bucanero desaparecía, alguien de la junta de médicos pedía a mi padre que interrumpiera su trabajo de enfermero, y lo encontraba, pues además, mi padre conseguía convencerlo de dejar de mirar al mar y hacerlo regresar.

A mis ocho años, tal vez menos, me fascinaba pasear por aquellos amplios pabellones y jardines con fuentes de la Quinta Benéfica de la mano del Bucanero. En el transcurso de mi vida, después de hacerme espiritista, comprendí que aquel hombre cargaba con algún muerto que de seguro había sido un bucanero. Se puede también enloquecer al no trabajar los espíritus que nos llegan, los cuales en verdad están para cuidarnos.

Me he determinado a contar de mí porque algo tengo que dejar. Varios conocidos me insisten en que soy un mito de la cultura cubana. Nunca les pregunto por qué. Sabe Dios. Un signo en mi santo dice que suelo dejar los asuntos a la mitad. Mucha gente me tilda de loca. Pero loca, no. Al menos, hasta cierto punto, no.

De escribir yo mis memorias todo terminaría siendo ficción, tiendo a idealizarme. Un día llevé un relato a Vicente Revuelta y él, tras leerlo, me dijo: «Eres como una gran heroína en tus cuentos. Y además, te presentas de víctima». Pero no soy víctima de nada. Puedo haber sido víctima, pero también he sido una gran sinvergüenza. No se pueden hacer obras solo con anécdotas. Comenzar de atrás hacia adelante resultaría carpentereano. Lo normal sería que el principio coincidiera con el 4 de febrero de 1942.



A punto de salir del vientre de mi madre, la llevan a ella —y a mí dentro— al hospital Hijas de Galicia. ¿Pero dónde estaba su director José Antonio Clark y Pasetti? En una fiesta de sociedad en medio de la cual se apareció mi abuelo: «Ya, está pariendo Eva».

El médico reconoció a la gestante y comprobó que el parto se presentaba mal. «Viejo, escoge: tu hija o la criatura», dijo a su primo. No sé de dónde

sacó fuerzas mi abuelo —quizás era el espiritista de la familia que venía desde los ancestros—: «O las salvas a las dos o te mato». En casa éramos evangélicos, pero mi abuelo siempre fue espiritista. El primo me trajo al mundo con la bata de médico encima del esmoquin. Con fórceps, pero me sacaron.

Mi recuerdo más antiguo es la angustia de no poder volver a ver a un perrito. Mis padres solían ir al cine, y como no tenían quién me cuidara, cargaban conmigo. Esa vez dejaron al cachorro en el patio. Cuando regresamos, quise buscarlo y no me lo permitieron. Al parecer un gato lo había matado. Fue mi primer contacto con la Gran Catástrofe.

Otra de mis primeras imágenes grabadas es abrir los ojos en medio de una gran oscuridad, virar la cara hacia una fuente de luz, y ver unos enormes rostros bellísimos. De pequeña, llevada de aquí para allá, me dormía en cualquier lugar, pero en esa ocasión me desperté. Y relacionado con el cine, los dos extremos: abrir los ojos y ahí estar la luminosa pantalla, la vitalidad; pero también regresar de un cine y descubrir que los seres dejaban de existir. Mi padre hubiera sido un tenor fabuloso. Él y mi madre cantaban en el coro de la iglesia. Todo eso se les perdió, quedó en la nada. Vivíamos en una casa grande en Luyanó, pero él tuvo líos con mi abuelo paterno, que dejó de ayudarlo económicamente, y debió alquilar un lugar más pequeño en el mismo barrio, y trabajar las madrugadas.

Descubrí entonces que mi madre se entusiasmó con un amante. Amante que era un cubano de esquina, el opuesto de su esposo. Tal vez el divorcio de mis abuelos influyó en el desparpajo de mi madre. Mi abuelo había enfermado de gravedad y se le descubre una querida en Regla, de la cual sabían el primo José Antonio Clark, que lo venía a ver todas las tardes, y mi padre, que lo atendía como enfermero. Fue la debacle.

Cuando el divorcio de mis padres, yo tenía ocho años. Mi madre, su amante y yo fuimos a parar a casa de mi abuela, de donde ya mi abuelo se había ido. Incluso mi tía Patria, para la cual, de tan católica, el adulterio no tenía cabida, se peleó de su padre y de su hermana, y no volvió a verlos. A las únicas que trataba era a mi abuela y a mí.

Hay aspectos que se me escapan del entorno social de aquella niña. Una parte de mí, inculcada por mi papá, fue muy fantasiosa. Parece que por su aspiración de realizarse a través de su hija. En verdad mi madre nunca me soportó, yo me parecía mucho a él. A pesar de que mi abuelo era el que había sido actor —actor intuitivo, de joven intervino en muchos dramas españoles en la compañía de José López Ruiz—, era al sitio que me condujera mi papá donde yo veía la suerte, la posibilidad de realizarse los sueños, me sentía elevada.

No me pasaba con más nadie. Que se organizara una feria en el patio inmenso de mi escuela y él trajera a Mandrake, el mago más famoso de la república. Mandrake llegó hasta donde yo estaba y empezó a sacar de mis orejas monedas de chocolate envueltas en papel dorado que, sin embargo, sonaban, sonaban, sonaban. Llevarme mi padre de ahí a las casetas numeradas con los curielitos de carrera, y decirme: «Apuesta a tal número», y ganar todos los premios. Tras el divorcio se alejó, pero reapareció con muchos libros, entre ellos La Edad de Oro de José Martí, la colección El Tesoro de la Juventud y una Biblia. Y yo sentada en el portal, leyendo como mi papá.

¿Qué heredo de mi padre? Su sensibilidad. Quizás también su maldición para el dinero: gastaba más de lo que tenía. Igual yo atravieso siempre ese «no me alcanza». Igual voy, por un lado, buscando al hombre que se le parece, y por otro, buscando al prototipo de mi primer padrastro. Polos opuestos. Tuve por mucho tiempo la percepción de venir al mundo en medio de un grupo de personas que, tras nacer yo, se separó. Otra catástrofe. Un poco me culpé: «Esto está pasando por causa mía».

Entonces empecé a tratarlos a todos: a la amante de mi abuelo, a mi madrastra Delia, a mi padrastro. No es que perdonara: acepté. Ahí empieza a cambiar mi sentido de la moral. La cama es lo que define las situaciones de la vida. ¿Qué si no hace que la gente se una, se separe y se junte con otros?: la definición está horizontalmente.

Tampoco tomé partido por nadie porque —por lo seguido que me enfermaba, la familia extendida se percató de que eran mis nervios—, todos se propusieron que me sintiera bien, y no faltaban los cuidados, los regalos, los paseos. Y como me fui volviendo importante para ellos, no había por qué cogerla con este o con aquel.

Mi madre y su amante nunca se casaron. Él lo mismo se perdía tres días que no venía, y mi madre entregándole dinero, pues empezó a planchar para mantenernos. Ella aguantó hasta la hora en que tiró sus pertenencias a la calle, en un escándalo que el barrio presencié. Empezó a hacerse persona otra vez, a acompañarme en mis salidas a mis trece o catorce años. Paseábamos un grupo de muchachos que éramos contemporáneos, en el que figuraba un joven mayor que el resto. Este siempre se aburría porque las muchachas no bailábamos con él por ser el más viejo, y entonces comenzó a bailar con mi madre, que le llevaba unos quince años. Ambos terminaron enamorándose, tuvieron su ceremonia de matrimonio y fue mi segundo padrastro.

Mi bisabuela María Mascaró y sus tres hermanas perdieron a inicios del siglo xx la casa de su padre en Mallorca por no tener posibilidades de reclamo. Mi tatarabuelo había prosperado durante la centuria anterior en el

negocio de la trata negrera, partiendo de la costa mallorquina a tierras africanas, y atravesando el Atlántico hasta Cuba. Tras enviudar, se estableció en La Habana junto a sus cuatro hijas, las cuales crecieron al cuidado de esclavas domésticas. Moriría en uno de sus frecuentes viajes a Mallorca, adonde pretendía regresar definitivamente algún día.

Su regalo de bodas a cada una de ellas había sido una cadena con un crucifijo, ambos de oro. Dos murieron jóvenes y fueron enterradas con la joya. Una tercera fue la madre del joven mambí José Andrés Clark y Mascaró, masón, abakuá y espiritista, cuya biografía se recoge en el Museo Municipal de Regla. La cuarta, María, unida a un obrero pobre, quedó muy pronto endeudada al morir el esposo, víctima de una epidemia en época de la guerra de independencia. Mi bisabuela entonces se vio impelida a vender su máspreciado recuerdo.

Sus hijos varones, José y Jesús, comenzaron a trabajar siendo aún adolescentes para abrirse paso en ese gran rompecabezas que ha sido esta tierra convulsa entre sus frustraciones y tantos interesados en sacar partido a la locura. El parentesco con José Andrés Clark y Mascaró, posibilitó a mi abuelo José Herculano Rodríguez Mascaró desplazarse en diferentes trabajos: médico del puerto, actor, corredor de alquileres urbanos. Contraería matrimonio con Acela Úrsula Fresquet Perdomo, nacida en Matanzas pero radicada en Regla, y le nacerían dos hijas: Patria y Eva Rodríguez Fresquet, mi madre.

Mi abuelo, en su pacífica vejez, siempre me habló de la casa de Mallorca que la familia nunca pudo rescatar, ni siquiera volver a contemplar.



Tuve varias amiguitas en mi infancia, pero mi predilecta era Magaly. ¿Por qué la buscaba? Porque era una niña muy pobre que vivía en el solar y soportaba a la otra a la que los Reyes traían regalos. Imagino que fui pesadísima, porque las demás vecinas pequeñas no venían a mi portal. Solo Magaly. ¿Por qué? Por mis juguetes. Resistía esos actos de maldad que tengo desde la infancia. Siempre he tenido necesidad de una amiga que sea lo opuesto a mí, pues cuando nos parecemos, terminamos peleadas. Entonces mi juego preferido era las casitas. Mis padres me regalaron una enorme casa de juguete, que fue como un símbolo de lo que nunca tendría. Por eso entendería tan bien a Nora en Casa de muñecas.

Frente a mi casa vivían los hermanos Rigual, los del famoso trío. Por las tardes, cruzaba donde ellos a oír a la hermana tocar el piano, aunque las veces que me invitó a acompañarla para enseñarme, no me sentí tentada. En

varias ocasiones, los tres Rigual me sentaron para cantarme sus temas. Cuando calienta el sol la ensayaban delante de mí. Y yo imbuida, interrumpiéndome el grito: «¡Ingrid, a comer!» Fui hija única hasta los catorce años, cuando nació el primero de mis dos hermanos por parte de padre, y luego mi hermanita por parte de madre.

Temprano en las noches, subía la loma hasta a la iglesia presbiteriana en Reforma entre Santa Ana y Santa Felicia, antes de que se concentrara el tumulto, y me sentaba en los últimos bancos a escuchar a la madre de mi amiga Estela -mi profesora de cuarto grado- al órgano. Conciertos nostálgicos que nadie atendía, de Chopin, Berlioz, Brahms y otros románticos, previos al culto. Los cultos me atraían en dependencia de quién los protagonizara. Había ministros con la sabiduría para relacionar la vida cotidiana con el fragmento bíblico que repasaban. Mi familia me dejaba ir sola, pero a la salida uno o dos de mis amigos debían acompañarme hasta la casa.

Muy jovencita, leí la biografía de Florence Nightingale, las vidas de santos y de varios religiosos. Quise ser misionera. Ya adolescente, era una especie de «iniciada», me desempeñaba como maestra suplente en la escuela dominical: formaba las filas y llevaba a los niños y les leía la Biblia y, como asistente del entrenador principal, guiaba grupos de scouts. Aún hoy puedo recitar a memoria cantos que aprendí entonces, como el Salmo 23: «Jehová es mi Pastor y nada me faltará, en lugares de largos pastos me harás yacer, confortarás mi alma y guiará por signos de justicia...».

Con trece años en la iglesia me permitieron participar en una sociedad a la que se entraba a los quince, ya que la mayoría de mis amistades tenían esa edad. Nos reuníamos los fines de semana o durante las vacaciones en distintos lugares, como la Escuela Progresiva de Cárdenas. Unos dos años mayor que yo, Estelita Rodríguez era la jefa del grupo de seis o siete muchachas, en el que estaban las hermanas Bolivia e Hilda Moreno, Victoria García, Migdalia Palomo, la futura actriz Diana Rosa Suárez y su hermana Sonia. Subíamos a la ruta 23, y de Luyanó al Ten Cents de Galiano eran diez minutos. Merendábamos en la barra y de pronto decíamos: «Bueno, ya, vamos a robar». A la salida sacábamos lo que hubiésemos metido en los bolsillos o en los bolsos para ver quién había robado más: creyones de labios, pancakes, vanities, vasitos plegables, lo que dispusieran en las grandes mesas durante las ofertas.

Como nos celábamos entre las amigas, Estelita nos subdividía y repartía funciones en las salidas: «Tú y tú se van a quedar jugando, tú vas a venir conmigo a ver si encontramos novios, tú vas a buscar la merienda...» Solíamos preparar grandes almuerzos en su casa. Al hermano, Huguito, más chiquito, lo encerrábamos en el cuarto para que no molestara. Ella nos leía

en voz alta a Quevedo, Valle-Inclán, Jardiel Poncela. Su padre, médico, era muy liberal. Huguito se convertiría en el cantante de ópera Hugo Marcos.

En la playa del Club de los Médicos en Santa María del Mar, las demás nunca pudimos llegar a lo que Estelita se atrevía. Veía a un muchacho que le gustaba y se perdía por horas. Nos llevaba ventaja en ese aspecto. Por Estelita pisaría por primera vez la Universidad de La Habana. La acompañé a buscar los papeles para inscribirse al año siguiente, y estando en la Plaza Cadenas, le aprieto el brazo: «¡Ay, Estelita, mira quién está allí!» Fructuoso Rodríguez era de los líderes estudiantiles que salía en los periódicos y aparecía en los noticieros protagonizando protestas contra la dictadura de Batista. «Ay, niña -me dijo-, si él es amigo mío, espérate...», y lo llamó y conocí a Fructuoso Rodríguez.

*

Fue con un muchacho de la cuadra llamado Pancho que comencé a darme cuenta de mis limitaciones como mujer. Tendría ocho o nueve años, y él casi trece. Vivía en el mismo solar que Magaly, y yo le enviaba recaditos con ella, hasta que le hice llegar un papel y me senté en el quicio del portal a esperar. Cómo me saltaba el corazón. Me agité cuando lo vi venir. Pancho pasó y tiró delante de mí la carta completamente rypiada. Vi mi mensaje hecho pedazos, a él seguir de largo y estuve horas llorando. Empezó una inseguridad respecto a los hombres.

Mi físico desarrolló muy rápido. A los doce aparentaba una mujer. Y estoy sola en aquel portal, viendo a adolescentes que pasan, permanecen quince, veinte minutos, dándome conversación, y despachándolos. Mi madre me pregunta: «¿No te gusta ninguno?» Y le respondo: «Todos son preciosos».

Hubo uno del que se decía era mariguanero, que me citó lejos. Tal vez lo seguí por curiosidad: era la primera vez que me citaban. Pensé que nos sentaríamos en un parque, que me leería poesías. Por suerte mi madre empezó a seguirme, y esa vez, tras haber caminado mucho, la vi detrás de mí. ¡Sabe Dios cómo hubiera terminado!

En una fiesta conocí a Daniel Mazorana, que, con el consentimiento de mi madre, empezó a visitarme, a acompañarme a la iglesia y en paseos, y terminó siendo mi primer novio, teniendo yo trece años. Fui llamada durante un recreo en medio de las clases por el pastor y su esposa. Ellos me querían abrir las entendederas: Mazorana era mulato y yo podía tener un hijo negro. Solo en eso se habían detenido. No me pude explicar cómo era posible que personas así predicaran la fraternidad. Y como diría después a mis examantes: «Corte por edición». (Soy una editora frustrada.) Me fui.

Poco antes, la misionera Fefita me había sentado para decirme: «Tú eres muy buena creyente, pero este no es tu camino. Tienes una vitalidad muy

distinta. Observa eso a ver en lo que paras, no te decidas todavía». Ya a los catorce años estaría actuando.

Mi capítulo con Mazorana terminó de una manera triste. Estábamos noviendo en el sofá de la sala, y mi abuela, que debía velarnos, se marchaba a cada rato para la cocina. En uno de nuestros juegos, tomé su billetera, que se le había salido del bolsillo. Él quiso arrebátarmela, pero apartándolo, logré abrirla. Vi en ella la fotografía de una modelo conocida, dedicada a él. En ese instante comprendí que las infidelidades tan comunes en mi familia, algo que creí nunca me ocurriría, me habían alcanzado.